

# Momentos del Perú en guerra: Testimonio de una vida dedicada a retratar la realidad, pese a sus severas limitaciones

## *Moments of Peru at war: Testimony of a life dedicated to portraying reality, despite its severe limitations*

Ernesto Jiménez<sup>1</sup>

### RESUMEN

Hablar de guerra interna en el Perú resulta doblemente difícil. Por el tema de la violencia política que nos tocó vivir y nuestro rol de periodistas a cuestas, alejados de las pasiones y abanderados de la famosa objetividad, cuyo significado nos martillaba cada vez que cogíamos la cámara fotográfica para registrar lo que sucedía. Surgió entonces la autocensura que nos alejaba de las banderas que los participantes traían como pretextos de la violencia desatada o por desatar. Nos interesaban las raíces de la violencia política, sus orígenes y los “por qué” en cada caso. Así empezamos a ver lo que otros no veían: la trascendencia de nuestros documentos para la historia, para su reconstrucción. Revisando mi experiencia de esos años (medio siglo de trabajo periodístico) he logrado sintetizar algunos criterios objetivos, trascendentales y válidos para aportar a la historia. Mi búsqueda abarcó 14 años

311

---

1 Periodista y reportero gráfico independiente, con larga experiencia en medios nacionales e internacionales.

*E-mail:* yanajaca@hotmail.com

del conflicto. Desde 1978 (inicios de las tomas de tierras) hasta 1992, cuando capturaron a los líderes insurrectos de Sendero Luminoso. Por supuesto que han quedado miles de imágenes sin publicar en los archivos. Pero las exigencias del presente testimonio obligan a escoger lo mejor (o lo peor) de esos momentos.

*Palabras clave:* periodismo gráfico, guerra interna, Perú, violencia política, reconstrucción de la historia, Sendero Luminoso, siglo XX

#### ABSTRACT

Talking about internal war in Peru is doubly difficult. Because of the issue of political violence that we had to live with and our role as journalists in tow, away from the passions and standard bearers of the famous objectivity whose meaning hammered us every time we took the camera to record what happened. Then came the self-censorship that took us away from the flags that the participants brought as pretexts for the violence unleashed or to unleash. We were interested in the roots of this violence, its origins and the “why” in each case. Thus, we began to see what others did not see: the significance of our documents for history, for its reconstruction. Reviewing my experience of those years (half a century of journalistic work) I have managed to synthesize some objective, transcendental and valid criteria to contribute to history. My search spanned 14 years of conflict. From 1978 (the beginnings of land grabs) until 1992, when they captured the insurgent leaders of the Shining Path. Of course, there are thousands of unpublished images left in the archives. But the demands of the present testimony force us to choose the best (or the worst) of those moments.

*Keywords:* photojournalism, internal war, Peru, political violence, reconstruction of history, Shining Path, 20th century

\* \* \*

## 1. El inicio de una agitada vida

Mi trabajo empezó como redactor del noticiero al mediodía de Radio Central en 1970, pero a los pocos años recalé en el periodismo escrito cuando los sindicatos administraban la edición diaria. De un día para otro, el gobierno militar (1968-1980) expropió todos los medios de expresión (radio, prensa escrita y televisión), de suerte que lo “rojo” de antes, lo veíamos como “verde” y así por el estilo.

Eso no duró mucho en el *Diario Expreso*, donde estaba haciendo mis primeros pasos pues cambiaron de director dos veces, ante lo cual quedé fuera de tales cambios. Como necesitaba trabajar para poner en práctica lo que me enseñaron en la Escuela de Periodismo de la PUCP, decidí cambiar de giro y conseguí un trabajo en el *Diario La Prensa*, donde había un suplemento dominical, pero no como redactor sino como fotógrafo. Creía entonces que las fotos no se podían manipular. No mentían. Se las publicaba o no, sencillamente. Las posteriores etapas de mi vida en el Perú fueron desmintiendo tal postulado. Ingresé por concurso al Ministerio de Educación para organizar y administrar una colección de 30 000 imágenes producidas por los mejores reporteros gráficos de aquel entonces. Fui aprendiendo de esa colección sin autores, nombres ni lugares, acerca de la importancia de trascender para la historia. Luego de tres años de servicio me despidieron y empecé a trabajar como reportero gráfico en un semanario de oposición que justamente buscaba trascender con

las verídicas imágenes en blanco y negro al monólogo de los medios de expresión expropiados por el gobierno militar. De este modo, recorrí el país por todas sus regiones y rincones, y di cuenta de sus reclamos, sufrimientos e injusticias.



*Figura 1.* 1978, Distrito de Macarí, Provincia de Melgar. A 170 km al norte de Puno y 190 km al sur de Cusco. Toma de tierras antes de que el gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas decretara la Reforma Agraria [1969]. Las organizaciones de la Confederación Campesina del Perú retomaron este camino cuando lo habían abandonado en 1962, desde que apresaron a sus líderes. © Ernesto Jiménez.

314

La *fotografía social* es una categoría que empezó a usarse en los 80, a propósito de un tipo de imagen fotográfica identificada con las iniciativas de distintas comunidades tanto en el campo como en la ciudad. Dicha narrativa desarrolla la representación de un sujeto nuevo, ‘popular’, que se visibiliza con claridad en dicha década. Lo ‘popular’ había aparecido

como un sujeto emergente en la sociedad peruana de mediados de la década de 1960. En la siguiente, y luego de la Reforma Agraria, en 1969, este sujeto ‘cholo’, mestizo, buscaba una articulación entre el campo y la ciudad: reclamaba tanto una representación estética como una representación política, nuevas, que pugnan por abrirse paso.

Podría decirse que aquí empieza mi vida útil como comunicador visual, pero no podría dejar atrás los años de formación académica ni el contacto previo, por lazos familiares, con las serranías del ‘Perú profundo’. Esta corriente del pensamiento, forjado con las lecturas políticas y sociales de entonces, dieron forma a la llamada ‘visión objetiva de los hechos’. Al desatarse la guerra sin cuartel de los años 80 supe escoger los ángulos, momentos y lugares para captar lo que sucedía, poniendo mi integridad a salvo, junto a nuestros equipos e ideología.

Reviso mis archivos y mi mentalidad para registrar los hechos y descubro dos grandes corrientes: las razones permanentes de los conflictos sociales (laborales, sindicales, movilizaciones sociales, reclamos populares por servicios básicos, vida cotidiana) y las razones extraordinarias, violentas o irracionales (asesinatos, represión, bombas) de la guerra desatada por Sendero Luminoso.

Aprendí a moverme entre ambas corrientes a fin de salir ileso. Casi lo conseguí. Varias veces tuve enfrentamientos con los grupos alzados en armas, como también con las fuerzas militares. Comprendí que sus tratos eran democráticos, igualdad sin límites: todos éramos culpables, hasta que se demuestre lo contrario.

Al principio, ingenuamente, creía que mis credenciales de prensa como periodista y reportero gráfico de un semanario importante como *Amauta* eran un seguro de vida. En febrero

de 1987, estaba cubriendo desde temprano, en el centro de Lima, la Marcha de las Universidades, las que pedían más rentas y autonomía. Luego de horas de recorrido, la marcha terminó de mala manera por los chorros de agua, bombas lacrimógenas, palazos y empujones, capté que la policía detenía los buses de servicio urbano y bajaban a empellones a jóvenes pasajeros sin mediar razones. También capté que un policía pateaba y tiraba golpes a un colega periodista de otro semanario. Como tenía en mi cámara toda la secuencia, el jefe policial ordenó que me detengan y destruyan mi equipo. Me defendí frente a media docena de fornidos policías de asalto y terminé en la cárcel, humillado, pero no vencido. Tales agresiones fueron publicadas débilmente en algunos medios, y el ministro del Interior declaró que “Los policías agresores serán sancionados... si es que son identificados”. Varios días después, cuando nadie lo esperaba, publicamos en *Amauta* la secuencia que pretendieron destruir junto con mi cámara y mi cuerpo, pero no pudieron. Mientras estaba internado en un hospital, comprendí que estábamos en medio de una guerra sin cuartel.

Entonces nuestros métodos tuvieron que perfilarse, inventando técnicas para documentar los hechos sin que ellos se dieran cuenta y poder salir intactos del suceso. Así fui adquiriendo equipos, materiales y técnicas novedosas, inverosímiles o “revolucionarias”, cuando no había cámaras digitales, *Photoshop* ni drones, como ahora que abundan, casi medio siglo después. En mi recorrido por todos los lugares en conflicto, tuve que acompañar el dolor de los deudos, los abundantes sepelios, la búsqueda dolorosa de cadáveres no habidos y la de heridos graves que necesitaban ayuda. Si bien el dolor me invadía por todos los poros, la consigna era tomar la foto primero y llorar (o correr) después.



*Figura 2.* Edificio de la compañía Sol Gas de Lima afectado por un atentado senderista el 27 de julio de 1992, momentos previos a las actividades cívico-militares de Fiestas Patrias. © Ernesto Jiménez.



*Figura 3.* Primeras horas del Paro Nacional del 19 de julio de 1988 en la emblemática Plaza Dos de Mayo de Lima, sede de muchas organizaciones sindicales y políticas. © Ernesto Jiménez.

## 2. La verdad que nos hizo libres

Hubo una ocasión en las calles de Lima cuando los vendedores ambulantes eran perseguidos para golpearlos, mojarlos y quitarles su mercadería que, aun estando hartos de registrar hechos parecidos y con la policía encima, pasé horas esperando el consabido enfrentamiento.

El ritual era incesante: ubicar la mercadería en el suelo, ofrecerla al público, mirar siempre por si venía la policía, recogerla de inmediato y huir con los varazos que les arañaban la espalda. Una vez tomaba unas fotos cuando el policía, sudoroso y cansado como yo, me dijo: “¿Por qué están aquí? Deberían irse a su casa y dejarnos trabajar”. Le contesté: “Estamos acá, porque ustedes, la policía, están acá. Si ustedes se van, nosotros lo haremos después”. Ante estas palabras, un vendedor ambulante me suplicó: “No se vaya, compañero. Si lo hace, la policía nos va a pegar, robar nuestras cosas y hasta meternos en la cárcel. No se vaya. Mañana es Navidad y no hemos vendido nada.” Esas palabras me conmovieron, pero revisé mi equipo y me di cuenta que se me habían acabado los rollos de película. Debería irme, aunque sea para traer más material. De nuevo los vendedores me pidieron: “¡No se vaya, compañero!”. Pensé un momento y les dije: “No se preocupen. Aquí nos quedaremos, sin almorzar ni tomar lonche, hasta el final”. Los policías no sabían esto, ni los ambulantes tampoco. Fue el hecho de no tomar fotos lo que me proporcionó cierta paz en Navidad. Cosas de la vida.



*Figura 4.* En el Centro de Lima, cuando se desarrollaba una huelga nacional de docentes liderada por el Sindicato Único de Trabajadores en la Educación del Perú (SUTEP). Un profesor, huelguista, escribe al vuelo las letras de su gremio. © Ernesto Jiménez.

### **3. La situación al interior del país en guerra**

A finales de 1984, después de que la Comisión Europea de Derechos Humanos sesionara en Huamanga para recibir cientos de casos sobre desaparecidos, decidimos acompañar alguna de esas delegaciones de denunciante. Viajaron familiares, jueces y policías en todo tipo de vehículos desde Huamanga hasta la localidad de Ñeque, a 9,5 km al Este en los alrededores de Huanta. Los testimonios de los familiares eran claves pues antes, sin respaldo de ningún tipo, podrían desaparecer a los testigos y ocultar las fosas comunes. Ante algunas señales en el camino, se detenía la delegación, bajaban los jueces y fiscales

protegidos por policías armados, y los familiares empezaban a escarbar. Una leve variación del terreno era indicio valioso. Cuando los cadáveres habían sido enterrados a poca profundidad, con la descomposición se hinchaban; entonces las aves y otros animales carroñeros, depredaban la tumba y desaparecían los restos. Solían encontrarlos sin rostro, dedos o manos, los que los autores destruían para evitar la posterior identificación. Este drama era fotografiado por los escasos periodistas que nos atrevíamos a seguir a la delegación paso a paso. Los llantos, los gritos y la desesperación de los deudos cuando reconocían un familiar eran terribles.

Cuando se hizo tarde, pues salimos después del mediodía de Huamanga, los vehículos se llenaron de gente y yo fotografiaba los últimos cadáveres que eran subidos a los volquetes rumbo a la morgue. Cuando corrí al último auto a buscar sitio, ni se detuvo. Me gritaron que estaba lleno y que me regrese en el camión. No tuve más remedio que trepar al vuelo al último vehículo, en el estribo, y gritaba para que me dejen pasar a la cabina. Me respondieron que estaba lleno y que me trepe a la plataforma del volquete pues con las curvas y baches me podía caer al abismo. Así que tuve que hacerlo, cuando reparé que toda la plataforma estaba llena de los cadáveres desenterrados. Haciendo de tripas, corazón, me hice un sitio con mis pies y me sostuve fuertemente mirando al frente para no pensar en la triste compañía. Fueron horas de sufrimiento pues la carretera era pésima, las curvas y abismos terribles y, efectivamente, de no estar bien agarrado a la plataforma, hubiera terminado 500 metros al fondo del abismo. Hoy día, casi 40 años después, el viaje se realiza en menos de media hora. Cuando llegamos a la morgue, encontré a mis colegas que fotografiaban la extracción de cadáveres, mientras yo, alejado de ellos, vomitaba y lloraba de impotencia.



*Figura 5.* Huanta, en el departamento de Ayacucho de la sierra central, cuando la Comisión Europea de Derechos Humanos lideró la búsqueda, exhumación e identificación de las víctimas NN que el gobierno se negaba a reconocer. Al centro de la imagen, a la izquierda, aparece el cuerpo de una niña escolar que sus familiares identificaron después en la morgue. © Ernesto Jiménez.

#### 4. La selva central y los olvidados por una sociedad en crisis

Al principio de la década de los años 80 tuve la ocasión para enrolarme en una delegación técnica que delimitaría los terrenos de algunas comunidades nativas yanesha. Viajé hasta el río Palcazú en Oxapampa, Pasco, para registrar los trabajos y presentar los documentos ante las autoridades para que dieran el reconocimiento, pues de otro modo “no existían legalmente”.

Recorrí muchas zonas llamadas “selva virgen” y encontré árboles gigantes o “madres” que proporcionaban las semillas de la zona. También culebras venenosas, animales raros y, lo principal, invasiones furtivas de taladores ilegales de madera. Los nativos y técnicos hacían el inventario forestal a fin de proveer las pruebas de la existencia del terreno comunal y de los delitos ambientales cometidos. Así, fui ganando confianza de los nativos y me acogían en sus hogares, así como en sus reuniones comunales. Mi estadía de semanas, se alargaron a meses. Y las jornadas, paralizadas por la lluvia, se reanudaban meses después. Aprendí a cruzar los ríos pisando troncos caídos que atravesaban el cauce, pero esa altura de 10 metros o más, no era nada frente al fondo del caudaloso río, el que, fijo, no me daba oportunidad alguna para nadar o salvarme. Mi carácter cambió cuando mujeres con hijos y bultos en la espalda me daban la mano “para que no me pase nada”. Creo que se llama “vergüenza social” pues salí fortalecido al lograr cruzar solo y agarrando un débil cordel sobre mi cabeza. “No mires para abajo”, me decían, pero debía ver dónde ponía cada pie y los ojos se me iban al fondo. No pensé en nada. Solo sentía con mi otra mano el equilibrio del cordel minúsculo que no detendría mi caída, pero que me daba confianza.

También aprendí a tomar masato o cerveza de yuca fermentada. Cuando está fresca, recién preparada, sirve para aplacar la sed, mejor que el agua de río que viene infectada. Comí y disfruté sus manjares como la yuca sancochada sin sal, las ranas '*achipanadas*' (asadas en hojas y condimentos naturales), el famoso suri o gusano muy gordo, cocinado con yucas y alguna verdura, sopa de tortuga, mono asado y frutas exóticas al por mayor. Además, aprendí a viajar a pie por el monte, en balsa por el río, en canoa y en peque-peque o lancha con motor tipo motocicleta. También había ciertas reglas: no moverse, ni inclinarse ni pararse pues se desequilibraba a todos y caíamos al río. Me acostumbré a forrar mis equipos fotográficos con plásticos al por mayor por si acaso. Pero la realidad me obligó a dejar dicha costumbre. Si nos caíamos al río, el peso del equipo me llevaría al fondo y solo recogerían un cadáver enroscado en un tronco y el valioso equipo casi seco.

Producto de esas experiencias, logré un archivo de valiosas imágenes de los Yanasha en actividades productivas, culturales y familiares. También recogí abundantes e increíbles historias de las bandas de narcotraficantes, los militares, las huestes de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, mezcladas con las historias de los colonos andinos invasores de tierras comunales. Del mismo modo, registré la emergencia de rondas nativas Yanasha y Ashaninka que luchaban contra los grupos subversivos con mucho valor.



*Figura 6.* Ronderos Yaneshas en el río Palcazú (Oxapampa, Pasco, 1983).  
© Ernesto Jiménez.

## 5. Una cruda realidad difícil de comprender

325

Empecé a cuestionar la famosa “línea correcta” que me obligaba a buscar los problemas, lo peor de nuestra sociedad, las “causas de la revolución”. Quizá no estaba por ahí el camino hacia una nueva sociedad. Tuve que dejar el llanto por la sonrisa; el dolor por la alegría; la pobreza y miseria por la grandeza; la violencia por el amor y así sucesivamente. Retomé el

camino abandonado de la cultura andina, la arqueología, la producción, la artesanía, las danzas folclóricas, la música y la alegría.

La fecha cumbre, la frontera o parteaguas si se quiere, fue el 12 de octubre de 1992 cuando el mundo festejaba los 500 años del “descubrimiento” de América. Cubrí una marcha simbólica por el centro de Lima contra esa invasión en compañía de líderes nativos y una vez más, la policía terminó apresando a medio mundo, y todos recibieron democráticamente chorros de agua, varazos, empujones y palabras soeces antes de subir al camión rumbo a la comisaría. Desde entonces buscaba mejores motivos para retratar, distinto a lo producido 40 años antes.



*Figura 7.* Cuando festejaban “El Encuentro de Dos Mundos” como una fecha alegre, festiva y generosa, los organizadores iniciaron una simbólica marcha denunciando el tiempo de genocidio, opresión, colonialismo y pobreza que se desató con la invasión española, y fueron brutalmente reprimidos. © Ernesto Jiménez.

En 1990, visité los principales asentamientos humanos donde inventaron esta manera de compartir la comida diaria. Cada familia aportaba los pocos centavos que conseguía para alimentar a sus críos. Había familias numerosas y padres solos. Algunos disponían de ciertos recursos y otros solo podían dar su mano de obra. Algunos dirigentes conseguían donaciones de ciertos mercados populares y otras donaciones de instituciones y municipios. Así lograban preparar alimentos diarios para decenas de pobladores en el último escalón social.

En esta docena de visitas por distintos barrios del Sur y el Este de Lima, donde la crisis se sintió con más intensidad, fui comprobando el significado de las estadísticas, pero en ejemplos vivos, de carne y hueso. De los 6 a 8 millones de pobres que se acostaron el 8 de agosto de 1990, al día siguiente, 9 de agosto, se levantaron 12 millones de pobres luego de que se anunciaran las medidas económicas del llamado “Fujishock”. Y siguieron viviendo pese a todo.



*Figura 8.* 24 de agosto de 1990, en Villa El Salvador, al sur de Lima, días después que el gobierno de Fujimori decretara un “paquetazo” de medidas económicas que obligaron a los sectores más pobres a inventar las “ollas comunes” y las “cocinas populares” con recursos propios a fin de no morirse de hambre. © Ernesto Jiménez.

## 6. La captura de Abimael Guzmán



*Figura 9.* 14 de septiembre de 1992, presentación a la prensa nacional e internacional de Abimael Guzmán en el local de la Policía de Investigaciones del Perú. © Ernesto Jiménez.

Tomar esta fotografía no fue fácil. Tuvimos que hacer varias horas de cola donde nos revisaban escrupulosamente todo el cuerpo, ropa y bolsillos. Preguntábamos entre los periodistas el porqué de esa revisión tan inusual. Para saber si teníamos armas, bombas o algo así. Escuché decir: “¿A quién se le ocurriría asistir con esas cosas? Si es para matar al líder senderista, sería considerado héroe por la derecha política. Pero, ¿gente de izquierda, ligada a la subversión, que asista así?”.

En la puerta de la Prefectura, debíamos acreditarnos no solo como ciudadanos con los documentos civiles, sino como periodistas. Cuando extendí mi credencial de Amauta, el guardia dudó un instante y de inmediato se retiró con mi credencial para consultar con sus superiores. Mis colegas y amigos de la prensa oficial y del extranjero, se sonreían y me dijeron: “Prepárate, ahora te encarcelan también a ti”. Pero no sucedió. Me dejaron pasar y pude colocarme en la tribuna junto a casi un centenar de colegas con sofisticadas herramientas de televisión y prensa. Hacíamos esfuerzos para no caernos de esos escalones de madera y, a las justas, poníamos atención a lo que decía el enrejado. Algo así como: “Seguiremos aplicando el IV Plan de desarrollo estratégico de la guerra popular para conquistar el poder. Seguiremos desarrollando el VI Plan militar para construir la conquista del poder. Corresponde formar el Frente popular de liberación. Corresponde formar y desarrollar, a partir del ejército guerrillero popular, un ejército popular de liberación ¡Eso es lo que corresponde! ¡Y eso haremos nosotros!”.

330

Fueron literalmente palabras que se llevó el viento, pues al poco tiempo, Guzmán e Iparraguirre firmaron (extraoficialmente) el Acuerdo de Paz con el gobierno y enviaron una serie de cartas donde pedían (y le fueron concedidas) mejores condiciones en la prisión.

## 7. Una nueva visión de una “vieja sociedad”

Este ir y venir por todos los rincones de un país desconocido también me ayudó a participar de ritos y costumbres ancestrales. Aprendí idiomas nativos, aprecié la belleza de la naturaleza y de la juventud alejada del mundanal ruido. A la vez, progresivamente, los periódicos para los cuales trabajaba desaparecieron por falta de fondos o porque la policía los clausuró. Eran los finales del conflicto y sentía que en algún momento alguien, en las alturas del poder, se hartaría de la sangre, violencia, bombas y cadáveres.

Debería prepararme. Es que mientras sucedían estas desgracias, yo lograba colocar en las agencias extranjeras algunas de mis fotos emblemáticas. Eso me mantenía a flote, pese a que la población se hundía en el caos y la miseria. Busqué una agencia alternativa y la encontré en Nueva York, y colaboraba con ella periódicamente. Cada tres o cuatro meses, me enviaban mi liquidación en dólares, lo que me permitía salir a provincias a buscar problemas. Así lograba pasar la crisis, cuando de pronto me di cuenta que ya no se comunicaban conmigo.

Luego de muchas gestiones y llamadas logré enterarme: “Hola, señor. ¿Sabe algo de mis amistades de *Impact Visuals*?” “Oh —me contestaron—. Hace meses que no trabajan... desde el 11 de septiembre de 2001”. Recién entonces reparé en la dirección de mi agencia: *World Trade Center*, piso 87, Nueva York. Acababa de enterarme que había perdido a varias amistades, junto con todos mis archivos de seguridad (diapositivas, negativos a color y en blanco y negro), además de mi compensación por tiempo de servicios, o seguro de vida para el retorno a la realidad.

Mi consuelo era que mis archivos de la guerra interna peruana eran una mínima parte de lo perdido por la Agencia Cooperativa Alternativa. Ellos guardaban también la lucha en Sudáfrica, Afganistán, Palestina, Yugoslavia, Irlanda y muchos otros países donde la violencia estuvo a la orden del día. Por muy valiosos que fueran mis archivos perdidos, eran una mínima parte en cantidad e importancia frente a otros también destruidos. Apresuré mi cambio de chip mental para dejar atrás lo vivido. Y pensar en el futuro.

### **Reflexiones finales**

Solo puedo agregar, en este resumen al vuelo, que he ganado valiosos concursos fotográficos organizados por publicaciones importantes, embajadas emblemáticas e instituciones simbólicas que me han permitido salir adelante con mis archivos restantes: organizándolos, digitalizándolos y poniéndolos en servicio para publicaciones análogas que se interesan en parte de los últimos 50 años vividos intensamente. Preparo publicaciones para dar a conocer esos momentos de la historia que hoy deberían conocer todos los peruanos y los ciudadanos del mundo con la esperanza de interesar a algún mecenas o institución nacional. Sobre todo, deberían interesar a las nuevas generaciones que no conocen los momentos históricos y sumamente difíciles que se vivió en el Perú durante la guerra interna. Los problemas actuales son secuelas de ese conflicto armado entre peruanos...

332

\* \* \*

Recibido: 21 de agosto de 2023

Aceptado: 15 de enero de 2024